

con los productos del diezmo, resulta percibir el clero español *mil cincuenta y un millones y medio* de reales al año.

He aquí un buen dato estadístico para el arreglo de la contribucion de culto y clero, sin que ni el gobierno ni los diputados tengan que molestarse en andar continuamente buscando una base cierta y fija para ella.

En el artículo de *COSTUMBRES* dice la *Guía*: « Los habitantes de la península española han sido desde muy antiguo, y son en todos tiempos muy renombrados por su gusto y afición á la danza. »

« En otro tiempo era el *fandango* el que estaba en voga: ahora en la buena sociedad es el *bolero* el que predomina. Sin embargo estos dos bailes se dividen el entusiasmo casi inexplicable de todos los españoles cualquiera que sea su rango y su calidad. *Townsend* en su *Viaje á España* dice: « Que si se entrase de repente en una iglesia ó un tribunal bailando el *fandango* ó el *bolero*, los sacerdotes, los jueces, los abogados, los criminales, el pueblo, serios ó alegres, viejos ó jóvenes, dejarían al momento sus funciones y se pondrían todos á danzar. »

— Conozco, Pelegrin, que estás rebotando y que te cuesta no pequeño trabajo el callar. — Señor, no lo sabe Vd. bien: el *fandango* y el *bolero* me está bailando á mí el corazón, y el alma me está rebrincando de coraje. ¿Quién les ha dicho á esos autorcillos de embrolla que el *bolero* es el baile de la buena sociedad de España? Habrán tenido ellos por buena sociedad algun baile de candel. Lo mismo que eso de que si uno entrara bailando el *fandango* y el *bolero* en algun templo ó tribunal, se pondrían también á bailar los jueces y los sacerdotes. Que venga, que venga el Sr. Quetin, ó Quintin y el Sr. Richard, y el Sr. Tusend, y se pongan á bailar en una iglesia ó en una sala de justicia, y verán si bailan los jueces y los curas, ó les baila á ellos el *bolero* y el *fandango* sobre las costillas con un buen garrote el portero, ó el alguacil, ó el sacristan, y les enseña á escribir con mas verdad de las costumbres de España. ¡ Habráse visto cosa como ella! No parece sino que escriben por hacer burla. — Pues así son, Pelegrin, otras noticias que acerca de las costumbres españolas suministra esta *Guía*. Así, pues, no es extraño que los extranjeros tengan tan equivocadas ideas de nuestro país.

Si tratamos de indagar la causa de este mal, la encontraremos, como dije al principio del artículo, lo mismo en los franceses que en los españoles: en aquellos por su atrevimiento en escribir á roso y belloso de países que no conocen, y en estos por la incuria y

apatía de no haber escrito una *Guía del extranjero en España*, dando lugar con nuestra indolencia y dejadez á que los extranjeros emitan ideas adulteradas de nuestro carácter y costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algun viajero que visitó la Península en el siglo XVIII, ó por un libro del tiempo del cardenal Cisneros que se les vino á las manos. De manera que ellos por osados y nosotros por desidiosos, ellos por charlar sin pararse en barras y nosotros por callarnos tan buenas cosas, ellos por escribir y nosotros por no leer, el español amante de su patria que viaja por el extranjero sufre lo que no es decible, y tiene que armarse de resignacion y paciencia al ver que llegan hasta preguntarle si en España se comen peras, si visten todos de jaquetones, si las señoras siguen llevando todas el puñal en la liga, si los enamorados se pasan toda la noche tocando la guitarra debajo de la ventana de su novia, si los toros se corren en los teatros, y poco les falta para preguntar si los españoles andamos con dos piés, de cuyas preguntas y otras semejantes que á mí mismo me han hecho, no me faltará ocasion de hablar mas adelante, porque al fin en Burdeos, como no está léjos, ya nos van conociendo un poco.

Y con respecto á *Guías*, sé con satisfaccion que el Sr. Mellado, impresor y del comercio de libros de esta corte, piensa publicar una del *viajero en España*, que aunque no sea al pronto una obra perfecta en su clase por la dificultad que todavía ofrece la administracion del país para la reunion de los competentes datos, al fin tendremos ya y tendrá el extranjero que viaje por España algo por qué guiarse, y abriendo un camino para que otro trabaje en su perfeccion y complemento, hará un servicio importante á su patria.

#### Los Templarios.

No voy á hablar de aquellos caballeros del siglo XII que tanto dieron que decir en su levantamiento y tanto dieron que escribir en su caída, no: sigo hablando de Fray Gerundio y Tirabeque, que con motivo de ser el día siguiente domingo, les dió por visitar templos, y no solo podrán llamarse templarios los caballeros del Templo sino tambien los que templos visitan y á los templos asisten.

Pero aun no hemos dicho nada del traje y manera de los

#### Clérigos franceses.

Constituye su uniforme una larga sotana con cola sujeta á la

cintura con una faja ó ceñidor ancho, comunmente de seda. En la parte superior del pecho, ó sea á la inmediacion del cuello, llevan dos tiritas negras con su filete de cinta blanca en derredor, circunstancia comun á todas las clases del clero alto y bajo. Sombrero de los que en España llamamos de *tres candiles*, si bien no deja de irse introduciendo ahora una especie de canoa, imitando á los de nuestros eclesiásticos, aunque hasta ahora mas pequeños, y muchos usan el redondo ó de copa alta, el cual hace con el resto del traje una visualidad harto inarmónica, repugnante y plebeya. Los mas llevan el pelo en cerneja ó garnacha á la parte occipital, lo cual decia Tirabeque que le olia un poco á pelo de la dehesa. No iba en esto del todo infundado, puesto que los clérigos actuales en Francia salen comunmente de los caseríos, aldeas y pequeñas poblaciones.

Excusado es pensar en que haya de encontrarse un sacerdote frances sin su breviario ó diurno debajo del brazo. En las calles, en los paseos, en los caminos, de dia, de noche á todas horas y en todas partes, *semper et ubique*, con su diurno debajo del brazo, parece haberse hecho para ellos el verso de Horacio :

Nocturna versate manu, versate diurna.

Yo llegué á sospechar si dormian con él. Tan apegado le veia siempre á su costado izquierdo, que á veces dudaba ya si era un lobanillo de papel, y si la sagrada ordenacion en Francia imprimia dos caracteres á un tiempo, uno espiritual é invisible en el alma, y otro visible y de bulto en el cuerpo : tanto mas, cuanto se le veia abrir pocas veces, en lo cual no dejaba de entrever, yo Fr. Gerundio, un cierto síntoma de hipocresía.

No me es fácil calificar, á mí pobre viajero, si es esto, ó es verdadera virtud la que hace que la vida exterior y ostensible de los clérigos franceses aparezca mas morigerada y canónica, mas evangélica y antiseular que la de los eclesiásticos españoles ; el que no vistan nunca trajes profanos, ni asistan á los paseos concurridos, ni se presenten en espectáculos públicos, ni ostenten el aire marcial y las maneras civiles y militares que se observan en nuestros clérigos de sociedad : puesto que por otra parte su vida privada no debe ser del todo austera y penitente, si hemos de juzgar por los rubicundos semblantes y rollizas cervices clericales que generalmente se encuentran, y que con frecuencia hacian decir á Tirabeque que los curas de Francia estaban todos de buen año.

En cuanto á su exterior apartamiento del siglo, tambien tuve ocasion de observar que no le llevaban á tal extremo en la vida doméstica, pues no en una sola casa me llamó la atencion el cuadrado bordado en cañamazo por *Mademoiselle* y dedicado « *à mon Pasteur*, » el paisaje trabajado de felpilla ó de pelo por la hija de confesion con destino á *Mr. le curé*, y la fuente de delicada crema para suavizar la garganta reseca con la peroracion del panegírico de San Luis y hecha de la mano y pluma de una hermana devota, aplicándose ellos grandemente el « *butyrum el mel comedet* » de la escritura.

Segun mi paternidad pudo colegir de los informes tomados en averiguacion de causas, el clero de Francia despues de la restauracion conoció y calculó que para reconquistar la influencia en el pueblo que durante la revolucion le habia hecho perder el extravío, las locuras y la inmoralidad de muchos de sus individuos, le era necesaria una reaccion, á lo ménos exterior, en el sentido ascético y de religiosa y modesta compostura ; y de aqui el haber adoptado un género de vida al aparecer edificante y ejemplar, de que todavia se conserva un resto, que en unos será quizá hipocresía, en otros será acaso virtud.

Lo cierto es que los clérigos, que en el mediodía de la Francia no escasean ciertamente, siguen ejerciendo en el pais un influjo no pequeño, especialmente en las clases populares y en el sexo mas dado á la devocion, en las mujeres. En punto á ilustracion, pienso que en general están distante de poseerla en el grado que á su ministerio compete, y los sacerdotes españoles que hay allí empleados gozan de bastante aprecio y veneracion, y aun obtendrian mas altos é importantes cargos en la iglesia por su instruccion y moralidad si para ello no fuera un motivo de retraccion la cualidad de extranjeros. Por lo mismo me fué mas sensible, á mí Fr. Gerundio, el haber sido testigo cuasi presencial del poco noble comportamiento de algun otro eclesiástico compatriota, que nunca ha de faltar quien nos lo eche á perder.

#### Sermon protestante.

Oida aquel dia nuestra misa á lo católico rancio español, nos encáminos al mejor de los templos protestantes de Burdeos sito en la *rue Notre-Dame* del arrabal *des Chartrons*. Al doblar la esquina de la *Rue du Pavé* advertimos un bando ó edicto á los bordeleses que empezaba : « *L'autorité est en force* : » embaurnado con cosa

que la decencia no permite nombrar. Era que los días ántes de nuestra llegada habia habido en Burdeos un simulacro de pronunciamiento con motivos de la ruidosa cuestión del nuevo censo (*recensement*), pero que se habia reducido á cuatro voces, á romper las vidrieras de la *Mairie*, y á pintar del modo que llevo indicado el bando del *Maire*, en que decia que la autoridad estaba en su fuerza y vigor.

Así es que me decia Tirabeque : « Señor, estos franceses han perdido ya los memoriales en esto de hacer pronunciamiento ; si quieren recibir algunas lecciones, que vayan, que vayan allá á nuestra tierra ; pero nos las han de pagar bien, que si nosotros hemos salido maestros, nuestro trabajo nos ha costado, y si buenos pronunciamientos tenemos, buenos azotes nos cuestan. Y si no quieren molestarse en ir allá, que lo paguen como compete, y verán qué pronto viene una junta que se lo arregle todo. »

En esto llegámos al templo, que encontrámos bastante concurrido, especialmente de señoras, de las cuales decia Pelegrin que era una compasion de Dios que unas hermanas que tanto le gustaban, fueran del protestantismo, se hubieran de condenar todas las pobrecitas solo por no profesar la misma religion que él. — Punto es este, Pelegrin, le dije, para tratado en otro sitio y mas despacio que aquí.

Con la gravedad, circunspeccion y prosopopeya que los sacerdotes protestantes acostumbran, predicaba *Mr. Monod* sobre el tema : « *¿Pouvez-vous mourir tranquille? ¿Podréis morir tranquilo?* » — Si señor, respondió Tirabeque en voz perceptible ; mas que Vd. y que todos los que están en este templo, que á lo ménos nosotros somos católicos como Dios manda ; y aunque somos españoles, sepa Vd. que podemos morir tranquilos ; porque nosotros ni hemos sido ministros, ni intendentes, ni contratista siquiera, ni malos empleados, ni conspiradores, ni diputados ambiciosos, ni hemos hecho mas que trabajar lo que hemos podido por aquella pobrecita patria ; Dios nos premie los malos ratos.

Las caras se iban volviendo á escuchar al imprudente extranjero que así hablaba, lo cual me movió á tomarle de un brazo y sacarle fuera. Á la puerta vimos un cartel de la funcion del día, que entre otras cosas decia : « precio del sermón 75 céntimos (tres reales). » — Señor, me dijo Pelegrin, arregladitos andan los sermones de los protestantes. — Vamos, anda, que eres un reparon imprudente ; no se puede ir contigo á ninguna parte.

### Visperas Católicas.

Entre la visita al templo protestante y á otros católicos, era ya la hora de visperas cuando llegámos al de Santo Domingo. Las visperas, que tan desairada y desiertas de gente se celebran siempre en España, son una de las funciones religiosas á que mas concurrencia, especialmente del bello sexo, asiste en el reino vecino. La iglesia, que es harto capaz, se hallaba ya plagada de lujosos sombreros femeninos de las elegantes bordelesas, y de los enormísimos bonetes blancos de las mujeres de la campaña. Paseaba las naves del templo con mesurado paso y ridícula gravedad el reverendo *Suizo*, personaje extravagante, especie de gendarme de iglesia, actor infalible y altamente dramático en toda funcion religiosa, que armado de pica y espada, sombrero á lo Napoleon, cascaca militar de larga falda, calzón encarnado, média blanca, y correa con escudo á guisa de inspector guardabosque, cuida de la conservacion del órden en los templos.

Distinguíase entre los devotos, muy particularmente uno, que arrodillado estaba con un rosario en la mano, cuyas cuentas de enorme magnitud solo podian compararse á las que hace una docena de años debian dar y no dan nunca los ministros de España. El movimiento de sus labios y mandíbulas estoy por decir que era mas exagerado que el de la vieja y estéril *Ana* madre de *Samuel* cuando tan fervorosamente pedia á Dios en el Tabernáculo que le concediera el hijo que la habia prometido. Pregunté al compatriota que me acompañaba si conocia al rezador de las cuentas gordas, y me informó que era el mas furibundo individuo de la ex-junta carlista de Navarra. — Reza, reza, hermano, exclamó entónces Pelegrin, que si á fuerza de rosarios has de purgar los rosarios de males que por allá has causado, bien puedes darte prisa á menear las quijadas, y quiera Dios no los ofrezcas por que se verifique la boda aquella que os hace conservar vivas las esperanzas.

Á poco llegó *Monseñor el arzobispo* seguido de un numeroso acompañamiento de curas, que durante los oficios le tributaban un homenaje que pudieran dar celos á la misma divinidad, si la divinidad fuera capaz de celos, al cual contribuian por su parte los niños de coro con sus casquetes y sus bonetes encarnados.

Este *Monseñor Donnet*, que tal es el nombre del actual arzobispo, es hombre de mediana edad, participante de la robustez clerical

francesa, de semblante agraciado y maneras francas, suaves, y de buena sociedad. *Monseñor* hace un papel muy principal en la ciudad y en el país; no hay estamperia en que no se encuentre el retrato de *Monseñor* ni casa de cura donde el retrato de *Monseñor* no ocupe un lugar preferente. Cuando *Monseñor* entraba en el local donde se hacia la distribucion de premios á los alumnos de la *escuela cristiana*, un grito unánime de dos mil gargantas infantiles le saludaban diciendo : « ¡ *Vive Monseigneur l'Archevêque! Vive le protecteur des enfants!* » Cuando asistia á los de las alumnas pobres de las religiosas de Sta. Teresa, faltaba poco para que á su entrada se sacase en procesion la imágen de la santa fundadora para recibirle. Mi paternidad tuvo ocasion de hablar á *Monseñor*, y en la conferencia eclesiástica semanal que bajo su presidencia se celebra, anduvo rodando el nombre de Fray Gerundio mezclado con la cuestion de los límites del sacerdocio y el imperio, de que gracias sean dadas á su bondad no salió mi reverencia mal librado.

**Si quieres silla, daca la monedilla.**

Réstame hablar de otra costumbre universalmente seguida en los templos católicos franceses; costumbre que está muy en armonía con el móvil de todas sus acciones y pensamientos, la moneda.

Hay en cada iglesia un surtido de sillas para el uso de los fieles; as cuales, concluida la funcion, se amontonan en un rimero dentro de la iglesia misma, lo cual hace una vista desagradable, poco decente, y opuesta al decoro del culto. Estas sillas se arriendan en uno, dos ó tres sueldos cada una segun la naturaleza de la funcion, y obra en cada iglesia una tarifa en que se marca el precio de cada silla, como pudiera marcarse el derecho de introduccion de cada mercancía en una ciudad, concebido poco mas ó ménos en los términos siguientes :

**PRECIO DE LAS SILLAS.**

En una misa rezada . . . . .	2 sous.
En una misa cantada . . . . .	3 »
En una misa de primera clase, con sermon. . . . .	5 »
En vísperas comunes . . . . .	2 »
En vísperas solemnes. . . . .	4 »

Y así de lo demas. Al medio de la misa una ó mas mujeres con un saco en la mano va cobrando la contribucion de cada concurrente, ni mas ni ménos que pudiera hacerlo un cobrador de

banco, ó como pudiera un titerero ir recogiendo de cada asistente á su espectáculo el contingente en que tasó el derecho de entrada; y no hay remedio, « si quieres silla, daca la monedilla. » Hasta los templos han hecho los franceses lonjas de comercio.

Mas de una vez amenazó la silla de Tirabeque á las costillas de la cobradora, y solo á fuerza de sermones y reprimendas pude conseguir que se fuera poco á poco amoldando al derecho de tarifa.

**El castillo de Montesquieu.**

Al otro dia se dispuso entre varios amigos una expedicion al castillo ó palacio donde nació y habitó el inmortal Barón de *Montesquieu*, distante tres leguas y média al Sur de Burdeos, y un tiro de bala á la derecha de la *Brede*. Á esto no me pareció oportuno llevar á Tirabeque.

La mañana estaba suave y apacible, y las huertas, jardines, bosquecillos, viñedos, pabellones y casas de campo que se encuentran en el camino se dejaban ver desde nuestro carruaje en toda su belleza. La temperatura del dia animaba la conversacion, la conversacion animaba al conductor, y el conductor animaba los caballos; de suerte que con todas estas animaciones hicimos el camino sin sentir, y llegámos al pequeño pueblo de la *Brede* con los mejores ánimos para almorzar. Hicimoslo muy decentemente en el *Hôtel de Montesquieu*, donde *Madame Dessombs* acertó á improvisarnos un discurso lleno de sólidos y sabrosos principios con sus correspondientes adiciones, enmiendas y subenmiendas de postres que no nos dejó nada que desear. *Madame Dessombs* correspondió perfectamente á la confianza de sus comitentes.

Y aquí, en obsequio de la verdad y de la Francia debo decir, que no hay aldea miserable donde el viajero no pueda prometerse encontrar un hotel y un servicio de mesa tan decentes y esmerados como pudiéramos desear en España en cualquier capital de provincia.

Aprobada por el regente del hotel nuestra contestacion numeraria á su discurso de artículos de consumo, y dejando el carruaje en la *Brede*, nos encaminámos á pié hácia el castillo, sirviéndonos de guia por las frondosas calles de árboles que á él conducen, una niña de 10 á 12 años, que aunque de una cuna humilde, como lo atestiguaban sus piés descalzos y su sombrero de paja, mostraba una amabilidad y un despejo que parecia haber alcanzado á su educacion la influencia del *Espíritu de las leyes*. — « Vuélvete,